

Fábrica y fama de los acueductos novohispanos: De la peregrina «Targea» y «Arcos» de Santiago de Querétaro

Luis J. Gordo Peláez

Obra tan singular y peregrina que sólo renaciendo de sí misma, como el Phenix, podrá tener semejante en el Mundo, y en las Historias.

Con la edición de su *Relación peregrina*, publicada en México en 1739, el jesuita Francisco Antonio Navarrete daba inicio al numeroso repertorio de descripciones que, durante las décadas venideras, elogiarían la magnífica fábrica del acueducto queretano. El 17 de octubre de 1738, tras algo más de doce años de trabajos, la «Targea» y «Arcos» quedaban felizmente concluidos para regocijo de la población, satisfacción del cabildo municipal, y mayor gloria de su principal bienhechor, Juan Antonio de Urrutia y Arana, marqués del Villar del Águila. Aquella «famosísima obra de la cañería y arcos por donde viene la agua limpia a la ciudad» fue una construcción «sinsegunda», ejemplo del creciente protagonismo que adquirirán las obras públicas en el virreinato novohispano durante el siglo XVIII (Zelaá e Hidalgo 1803, 5).

QUERÉTARO, EL MARQUÉS DEL VILLAR DEL ÁGUILA Y LA FÁBRICA DE LA «TARGEA» Y «ARCOS»

En 1680, a la par que elogiaba las bondades industriales y edilicias de la ciudad, Carlos de Sigüenza y Góngora manifestaba la opulencia hídrica de esta urbe mexicana en la que «no ay alguna [casa], por pequeña que sea, que no tenga agua de pie o de la

que brota en los poços u de la que se les comunica por targeas de cal y piedra en que se pasea por todas las calles de la ciudad» (Sigüenza y Góngora 1680, 4).

En su recorrido por el norte del municipio, el río Querétaro proporcionaba agua a campos de labranza, huertas, molinos, haciendas, obrajes, y batanes a través de su conducción mediante acequias (Díaz 1881, 25-26). Aunque esta «Tercera Ciudad del Reino» era descrita como un ameno vergel, eran graves los problemas de salubridad a los que se exponía a la población por falta de un adecuado abastecimiento de agua: «Qué podía producir la agua antigua, albañal inmundo, que limpiaba las hezes de las Casas, Obrajes, Ropas de enfermos. Qué podía causar, sino muchas enfermedades en aquellos que, como dicen, a más no poder echa[n]do el pecho a el agua por no tener posible para otro socorro, se echaban aquella agua inmunda a pechos?» (Castrillón 1744, 35). Parecer compartido por el Padre Alcaraz, quien advertía como el ánimo del marqués era darle a la ciudad aquella necesaria conducción hidráulica que era «un thesoro que le faltaba para complemento de la opulencia que goza y esmalte de las varias perfecciones que la ilustran».¹

Los episodios biográficos más singulares del marqués se desarrollaron en la capital del virreinato novohispano, en la que transcurrieron acontecimientos memorables de su trayectoria personal y profesional, y en el entonces floreciente municipio de Querétaro, adonde se trasladaría en 1713, tras su renuncia al corregimiento mexicano. La historia del acueducto co-

mienza con la llegada a la ciudad, en 1721, de la «religiosísima familia de Señoras Capuchinas», quienes lograrían «pulsar el corazón» del marqués, lamentando la carencia que padecían de «agua limpia para los precisos menesteres de una tan limpia y pura comunidad». La ciudad entera requería de una nueva red de abastecimiento hidráulico que proporcionase a la población agua abundante y saludable. Argumento defendido por el Padre Navarrete al señalar que Querétaro tenía «agua sobrada» pero carecía de «la pureza, limpieza, y claridad». Se halló que la más grave de las necesidades que padecía la ciudad «era no tener agua para beber, en medio de tener tanta agua para regar» y para las demás industrias (Navarrete 1739, 31-34). Dicho año de 1721, el virrey marqués de Valero, ordenaba que el cabildo municipal procediese con las diligencias oportunas para lograr una nueva traída de aguas. Durante los siguientes cinco años se sucedieron los informes y proyectos de medidores y peritos, y los constantes pareceres y decretos sobre la manera de repartir el coste de las obras. Trabajos en los que el marqués tendría un papel protagonista (Urquiola Permisán 1998, 60-67).

Entre las cualidades que, a decir de sus aficionados, adornaban al marqués se distinguía el esmero con que cumplía sus funciones públicas. Algo que había tenido oportunidad de demostrar durante su mandato como corregidor de la capital del virreinato (Septién y Septién 1999, I, 116-117). En Querétaro tendría también ocasión de mostrar sus cualidades morales, dotes de gobierno y compromiso con el bien común de la ciudad. La piedad, la constancia, la prudencia, la generosidad, y el pundonor fueron atributos, aplicados al marqués por sus admiradores, con los que logró proporcionar un «nuevo lustre» a la ciudad de Querétaro, beneficiada de las «abundantes corrientes de agua limpia, suave y apetecible» que recorrían sus calles. Entre quienes alabaron la vida del marqués, su labor y virtudes eran equiparadas a célebres personajes de la mitología y la historia clásica, de los relatos bíblicos, y de los hechos de la Iglesia y el Papado. Entre otros, era identificado con Neptuno, Hércules, Elías, Ezequiel, Moisés, los emperadores Agripa y Claudio, y los Papas Nicolás IV, Pío IV, y Sixto V. Tampoco faltaron los panegiristas para los que el acueducto suscitaba tal admiración que debía ocupar un lugar digno en la historia de las obras hidráulicas desde la Antigüedad hasta la Edad Moderna, siendo las edificaciones romanas el más

autorizado y grandioso precedente, al que convenía igualar en envergadura y belleza. El acueducto queretano era visto como una obra tan costosa y magnífica que podía competir con los de Roma y el marqués con aquellos «romanos héroes» que los habían edificado.² Opinión compartida por el italiano Beltrami, quien decía: «c'est un ouvrage digne des Grecs et des Romains» (Beltrami 1830, II, 38-39).

Durante el proceso de edificación, el marqués participó activamente en el seguimiento de los trabajos, ejerciendo como superintendente de las obras «en virtud de un despacho superior del excelentísimo señor marqués de Casafuerte», virrey de Nueva España (Gómez de Acosta 1997, 122). Demás de los pesos que «erogó de su bolsillo», fue continua su «asistencia y dirección» durante el tiempo que duró la construcción (Septién Montero 1976, 50). El Padre Navarrete alababa su compromiso y afirmaba que algunas de las razones por las que el coste de la fábrica no había sido superior eran la «summa vigilancia, industria y aplicación del Señor Marqués, quien olvidado de lo elevado de su carácter, del adelantamiento de sus propios [sic] intereses, del regalo, y asistencia de su casa, de su salud, y aún de su vida, se sacrificó todo por el zelo del bien común». Ese cuidado por las obras públicas le convertía en un personaje digno de elogio, comprometido y adelantado a su tiempo, preámbulo de esa cultura y sociedad ilustrada que arraiga en los territorios novohispanos en el último tercio del siglo XVIII. En los relatos de la época se le presenta acudiendo diariamente a las obras, escalando paredes, subiendo andamios, y proporcionando materiales de construcción a albañiles y peones.

Dos eran los principales condicionantes a la hora de ejecutar este tipo de obras hidráulicas, presentes también en el acueducto de Querétaro. El primero, técnico, requería disponer de uno o varios manantiales relativamente cercanos al municipio, provistos de buena y abundante agua, y realizar su conducción a la ciudad. El segundo era económico. Dado que se debía trazar una canalización que salvara todas las dificultades del terreno y facilitara la traída del agua, estas obras requerían de un cuantioso dispendio del que carecían los municipios y que se mantenía con las posteriores labores de mantenimiento. Afortunadamente, para mayor alborozo del cabildo municipal y de la población queretana, el marqués haría frente a gran parte de tan costosa infraestructura hidráulica, sufragando la cantidad de 82.987 pesos, casi tres

cuartas partes del gasto total de la edificación. En cuanto al resto de bienhechores y contribuyentes de la obra, los vecinos de Querétaro, principalmente los dueños de los obrajes, corresponderían con la segunda mayor cantidad. A ello se añadiría la donación de un «bienhechor del Colegio de la Santa Cruz», el pago de una «condenación» aplicada a la obra, y el dinero aportado por los bienes de Propios de la ciudad, entre los que se encontraba el cobro de sisas sobre los abastos públicos y «otras utilidades dimanadas de la Agua» o concesiones «que para su uso han comprado conventos y vecinos». El coste total ascendía a 124.791 pesos. Dada la singularidad de la obra, se acordó que, «para el eterno recuerdo», parte de la información sobre su coste fuera incluida en el letreiro que, «rubricado en piedra», se añadió «en la misma Caja de la Agua» de la plaza de la Cruz (Castriellón 1744, 47).³

En el desempeño de sus tareas como «sobrestante y administrador» de las obras, el marqués no estuvo solo. El coronel José de Urtiaga Salazar y Parra, quien por entonces cumplía las funciones de alférez real y regidor más antiguo de la ciudad, ejerció como su «fiador» en las escrituras de la fábrica y ayudante en la administración y coordinación de la obra hasta su conclusión. Comprometido también con el bien común de Querétaro, este alférez real acudió con frecuencia a supervisar la construcción en La Cañada, quedando a su cargo, entre otras labores, «las pagas de obra» o el cuidado de los «aprestos e instrumentos necesarios para su prosecución». Entre los utensilios e ingenios empleados en la obra, sabemos que los oficiales y peones recurrieron a «multitud de tornos» y demás instrumentos necesarios para la elevación, sujeción y movimiento de materiales, tales como «garruchas» o poleas, «maromas, lazos, reatas, lías de cuero» y resistentes sogas, frecuentemente de esparto; así como «cubos, cajones» y otros recipientes (Navarrete 1739, 48, 60-61).

Son interesantes las alusiones del Padre Navarrete a elementos, materiales y técnicas constructivas empleadas en esta fábrica que nos remiten al lenguaje y artes de los maestros de arquitectura e ingeniería hidráulica de la Edad Moderna, y que presentan a este jesuita como aventajado conocedor de dichas labores. Algunos de estos términos y conceptos técnicos son expresados, no obstante, con una intención moralizante, como, por ejemplo, con el parangón que establece entre la arquitectura de la obra y las virtudes de

aquellos que promovieron su fábrica (Navarrete 1739, 69-70). En el «romance jocoserio» que antecede su descripción de la atarjea se mencionan también, a través de retóricos versos, otros términos que nos remiten, ineludiblemente, a las conducciones de agua y al trabajo de maestros especializados en la fontanería y ejecución de «ingenios». Tacos, ventosas, gorriones, codos, caños, arcos, mezcla, piedras, engrudo, zulaque, y pipas son cuidadosamente enumerados por el jesuita en su poética descripción de la ciudad, de sus bondades hídricas y de sus maravillas hidráulicas.

Un tema relevante fue el papel protagonista que los naturales de Querétaro tuvieron en todas las fases de edificación del acueducto. En los festejos que siguieron a la conclusión de las obras, en 1738, participó también el gremio de los indios, tanto en la comitiva que paseaba por las calles como en la composición de una loa que detallaba dos aspectos esenciales de la nueva conducción hidráulica. Primero, el beneficio común que recibía del agua la entera población y por el que debían rendir gracias «Mulatos, y Negros, Españoles, y los Indios». Y, segundo, la reivindicación del trabajo indígena, imprescindible en la fábrica del acueducto, donde «desde el principio hasta el fin ellos solamente han sido los que a costa de trabajos han dado agua a los vecinos. Ellos han hecho la Alberca, ellos, pisando peligros, han hecho la Tarjea y Arcos, las Pilas, cal y ladrillos. Y aun[que] ha sido bien pagado su trabajo, concluimos que mucho más fuera el costo, si ellos no hubieran servido» (Navarrete 1739, 79-83).

EL «OJO DEL CALPULÍN» Y LA CONDUCCIÓN DEL AGUA A LA LOMA DE LA CRUZ

Dos fueron las zonas, al noreste y sur de Querétaro, donde se reconoció el terreno intentando hallar «que agua sería la mejor, la más limpia y permanente para conducirla a la ciudad». Se comenzó por el sur, registrando las aguas del río «que en este país llaman del Batán». Las dificultades que una conducción debía afrontar desde dicho emplazamiento desaconsejaron pronto esta opción. Por el contrario, los terrenos registrados al norte de la ciudad resultaron mucho más favorables. Allí se reconocerían «uno por uno los ojos de agua y manantiales que pagan tributo con un moderado caudal al Río, que de Norte a Poniente

baja por una Cañada, que es... el más deleitable y apetecido recreo que tiene Querétaro para su diversión». Sería en este paraje, ensalzado por la abundancia de sus aguas y lo tupido de sus arboledas, donde se hallaría el manantial que proporcionaría el agua necesaria para la nueva conducción. Este manantial, llamado «Ojo del Calpulín», sería la «franca puerta» donde se «descubrió el mar que [se] condujo a la ciudad», origen de una «obra tan prodigiosa que dudamos tenga semejante en los Annales y en las Historias» (Navarrete 1739, 37-38).

Fueron los medidores Nicolás Díaz y Miguel José Díaz, «en concurso de otras muchas personas» representando al cabildo municipal, quienes en 1721 hicieron las averiguaciones y mediciones oportunas en La Cañada, acordando que el agua del Calpulín era la más apropiada por su calidad y peso (Urquiola Permisán 1998, 56-60). Estos cuidados previos, así como los cálculos de distancias y de desnivel del terreno, para los que también se requirió la asistencia del maestro en arquitectura Diego de Andizabal, eran considerados necesarios por los maestros en materia hidráulica, incluidos los novohispanos Fray Andrés de San Miguel y José Sáenz de Escobar. Tras cavar un pozo o «fosa de seis a siete varas de profundidad», que facilitara el acceso hasta el agua, se creó una primera alberca o depósito de captación que permitiera almacenar el caudal de aquellos «manantiales que brotan en el fondo». Este recinto estaba formado por «uatro dilatados lienzos de cal y canto», de sólida fábrica y trazado irregular. En su interior se crearon dos depósitos, de 4,20 metros de profundidad el mayor y 5,50 el menor, donde el agua quedaba «forrada mediante el arte p[ar]a q[ue] su flujo pueda alcanzar al correspondiente nibel de acueducto». Así lo advertía en 1765 el agrimensor Felipe Zúñiga y Ontiveros al emitir su parecer en contra del proyecto de apertura de unas zanjás que afectarían el caudal de agua y «perdida la altura necesaria en la alberca quedaba inservible una obra tan pulida, útil y costosa como la de la conducción, arquería y fuentes q[ue] mediante de ella abastiesen esta ciudad, la cual lamentara su magnífica obra q[ue] entre las suntuosas que adornan el Reyno no logra el último lugar».⁴ Esta alberca, «en que se admira el arte de haber reducido en ella a un rico depósito las aguas de varios ojos y veneros», estaba rodeada de un elevado y fuerte muro de mampostería que aislaba las aguas de robos y de cualquier elemento que la corrompiese,

permaneciendo así «escondidas del humano comercio». Ello redundaba en beneficio de la salubridad de la población, de la que se decía «bebe la agua más limpia y pura que qualquiera otra ciudad de esta nuestra América». Dicha pared estaba provista de un andén interior, de una vara de ancho, para el paso y labores de limpieza; de una compuerta para desagüe; y de un restringido acceso. Como adorno, se añadió en su interior «un bien labrado nicho en que se colocó una pulida estatua de San Antonio», ya desaparecida, y una inscripción grabada «por donde consta haberse fabricado a expensas del cabildo» (Morfi 1856, I, 319).

Desde esta alberca se iniciaba una laboriosa conducción hidráulica debido a la intrincada orografía del terreno y a la distancia que mediaba entre el nacimiento de las aguas y la ciudad. En uno de los laterales de la alberca, en el costado orientado hacia el poniente, se abrió una «boca» o toma por donde el caudal pasaba directamente a los canales de la atarjea que, en su recorrido a la ciudad, discurría de norte a sur, de oriente a poniente, por uno u otro lado del camino, siguiendo «lo empinado de las cuestas» y «lo profundo de las quebradas», alzándose sobre arquerías o «escondiéndose totalmente a la vista». Ese trazado obligó a vencer dificultades como lo «encarrujado» de los cerros, las vueltas y revueltas de La Cañada, las duras peñas, y el extenso «bajío» por donde transitaba el acueducto. Impedimentos que eran comparados a los que debieron superar los acueductos de Roma (Navarrete 1739, 38 y 41-43). De este trayecto, parcialmente oculto a la vista, que llevaba la cañería en su camino a la ciudad, se decía que «viene en largos trechos por dentro de los cerros», presumiblemente mediante la fábrica de galerías o minas (Zelaá e Hidalgo 1803, 5). Gutiérrez Dávila alababa la voluntad del marqués en conducir el agua hasta la ciudad a pesar de los grandes desafíos que ofrecía el terreno para la ingeniería hidráulica de la época, comparándolo incluso con las conducciones a Jerusalén del rey Ezequías.

Entre los muchos embarazos que supuso conducir el agua, el más sobresaliente fue atravesar el valle que mediaba entre «el llano que llaman de las Carretas» y la loma donde se alzaba el «Colegio de los Religiosos Apostólicos, que aquí llaman de la Santa Cruz». Primer Colegio de Propaganda Fide de América, erigido sobre una colina «desde la que se registra toda la Ciudad, su hermosa campaña, y la dilatada

llanura que por el Poniente y Mediodía la rodea». La solución para vencer la profundidad de aquella pendiente quebrada y que «no perdiese la agua la altura, que con tanto costo y trabajo traía en corriente desde su nacimiento y desde la Alverca» consistió en edificar un acueducto de manera que el agua «no corriese por la tierra sino que volase por el ayre» (Navarrete 1739, 43-47). El auge de la ingeniería hidráulica y el estudio de los vestigios y las fuentes documentales de la Antigüedad se materializó, desde el siglo XVI, en la fábrica de acueductos tanto en la metrópoli como en los territorios americanos. La concepción romana del acueducto fue perfectamente asimilada por los maestros en arquitectura a ambos lados del Atlántico. En el Nuevo Mundo estas edificaciones alcanzaron particular envergadura y monumentalidad, siendo la de Querétaro una de las obras hidráulicas más colosales en territorio novohispano.⁵

Entre los mayores impedimentos que podía afrontar una conducción de estas características cabe mencionar «lo dilatado del valle», que hacía necesario erigir numerosos arcos; el «suelo poco firme», que conllevaba una buena y alineada cimentación y unos sólidos materiales de construcción; y la «grande profundidad del terreno», que requería alzar unos pilares robustos y de gran altura. Para el asiento de los pilares se recomendaba un emplazamiento sobre roca y tierra firme que consolidara la obra y proporcionara solidez. En Querétaro, dada la envergadura de las setenta y dos «pirámides» o pilares y 74 arcos que recorrían el valle «fue preciso ahondar tanto para encontrar la solidez y firmeza que gimieron largo tiempo los cerros y las caleras». En efecto, se recurrió a grandes cantidades de piedra y cal con las que componer aquellos «profundísimos sepulcros» en que se convirtieron los cimientos, que presentaban unas dimensiones de 5 varas de frente, 20 de «bogue» [o perímetro], y 14 de profundidad. Los pilares, de 4 varas de ancho, 16 de perímetro, y 27 de altura, transmitían una imagen monumental comparable a la de otras grandes urbes de la Antigüedad, hasta el punto que Querétaro no tenía «que embidiarle a Roma sus agujas y obeliscos, ni a Memphis sus Pirámides» (Navarrete 1739, 47-48). Estos pilares fueron también reforzados por medio de cuerpos de mampostería adosados y escalonados que ejercían funciones de contrafuerte. Los arcos se ejecutaron en medio punto, siendo cada uno de 34 varas de altitud y 7 de curvatura. Para su alzado se requirió de una cuantio-

sa cantidad de madera, «selvas enteras de planchas, maderos y vigas», necesaria para crear «las cimbras» que permitían voltear los arcos de tan elevada fábrica.

Mampostería y argamasa fueron los materiales empleados en gran parte de la construcción, mientras que el uso de buena cantería labrada se redujo a la cimentación, las dovelas de los arcos y la consolidación de los ángulos de los pilares. Se distinguía esta sillería por su tonalidad rojiza de la que en 1777 Antonio de Ulloa decía estaban hechos en la ciudad «los más de los edificios» (Solano 1979, 52). Todo este recorrido de la atarjea hasta la ciudad se prolongaba «por espacio de más de 12.000 varas», de las que 1.640 correspondían al «agüeducto o arquería» (Sep-tién Montero 1976, p. 50).

En el tramo final de esta conducción, el acueducto era reemplazado por «una elevada y fuerte muralla en la subida de la cuesta de la Loma», de camino al Colegio y plaza de la Cruz. Este sencillo y compacto muro de mampostería, aún visible hoy en la calle Veinte de Noviembre, albergaba los conductos del agua y se elevaba a la altura necesaria para mantener un volumen de caudal constante en su recorrido. Con este trazado se pretendía dotar de agua al colegio franciscano y paliar así las tremendas fatigas que dicha comunidad había padecido en otros tiempos, al «faltarle la agua de continuo, pues sólo tenía una trabajosa noria bien distante, que con grandes afanes labraron los Religiosos Recoletos» y un aljibe de principios del siglo XVIII (Espinosa 1746, I, 57). Esto explica que se modificara el proyecto original, menos costoso, que suponía trazar 108 arcos de menor altura y una atarjea que llevaba el agua hasta el centro urbano, sin alcanzar al mencionado colegio (Urquiola Permisán 1998, 60-61). Con las ingeniosas conducciones que se proyectaron en torno a dicho cerro se consiguió que el agua corriese por el interior del convento, de manera que «la cogen los Padres en los claustros altos y en sus propias celdas sin bajar las escaleras; cosa rara y que no he visto en ningún otro convento» (Ajofrín 1958, I, 186).⁶

«Repartimiento de las aguas»: La caja de la Cruz y las «pilas públicas»

En 1735, en su recorrido descendente desde el cerro de la Cruz, el agua llegaba finalmente a la caja prin-

cipal «que con todo primor está fabricada en la Plazuela de la Santa Cruz». Dada su localización elevada, en el extremo oriental de la ciudad, esta caja cumplía una doble función, de acopio y filtrado del agua hasta allí canalizada a lo largo de unas dos leguas, y de distribución de la misma por la red viaria. Aquella caja, de cantería rojiza y fábrica sencilla, fue también el emplazamiento de la primera fuente pública, «una hermosa pila para beneficio y alivio de un grande barrio que al atractivo del Santo Colegio de Missioneros Apostólicos, que allí está fundado, vive gustoso» (Navarrete 1739, 45 y 49-50). Adosada a uno de los frentes de la caja, la fuente estaba provista de una pila inferior en cantería, adornándose por encima con las armas reales, una inscripción conmemorativa, y «una hermosa estatua de la piedra tecale», originalmente dedicada a la advocación mariana del Pilar. Una pequeña figura de león esculpida, de cuyas fauces salía el caño de agua en bronce dorado, completaba el diseño de esta fuente.

El agua se distribuía a las restantes fuentes mediante ramales de conductos subterráneos que, depositados en zanjais abiertas en las calles, podían ser de piedra, madera, plomo, o barro cocido, también llamados «arcaduces» (San Miguel 2007, 297). En toda conducción hidráulica, uno de los grandes trastornos era comprobar, una vez completada la canalización y labradas las fuentes, que el volumen de caudal que llegaba a la urbe era insuficiente o nulo. Afortunadamente éste no fue el caso de Querétaro y los vecinos tuvieron ocasión de celebrar la feliz llegada del agua a las pilas de la ciudad con acompañamiento de autoridades y la preceptiva bendición religiosa (Zelaá e Hidalgo 1803, 148-149). Esta última fase de toda conducción era la menos dificultosa desde el punto de vista técnico. Sin embargo, adquiría relevancia debido a que las fuentes, demás de cumplir una función de abastecimiento público, tenían también una finalidad de ornato y embellecimiento urbano. Factores que determinarían su emplazamiento en la ciudad y su traza. Las plazas serán el lugar adecuado para la ubicación de las fuentes al ser espacio de concurrencia de vecinos, de emplazamiento de mercados, y de celebración de festividades y ceremonias civiles y religiosas.

Las primeras diez pilas públicas erigidas entonces en Querétaro fueron «colocadas en parages cómodos [sic] para el beneficio común». La principal se alzó en la plaza mayor, «donde están las Casas Rea-

les», la segunda en la plaza de Abajo o de San Francisco, la tercera en la plaza del convento de Santa Clara, y las otras siete restantes en diversas zonas de la ciudad. Dado que la voluntad del cabildo y del marqués era lograr el abastecimiento de la mayor gente posible, estas cañerías se prolongaron hasta el interior de la Cárcel, las Casas Reales, los «sagrados conventos, así de religiosos como de religiosas», y las principales casas de la ciudad, de manera que en 1739 se contaban ya, al menos, sesenta pilas por todo el municipio (Gómez de Acosta 1997, 122-123). En 1803, el número de fuentes públicas en las calles y plazas de Querétaro había aumentado ya a veintidós (Zelaá e Hidalgo 1803, 9).

Estas fuentes respondían a dos modelos formales, habituales durante la Edad Moderna, en los que se acentuaban diferentes valores en su fábrica, arquitectónicos para el primero y escultóricos para el segundo. El primer modelo, de gran funcionalidad por su doble uso para abasto humano y como abrevadero de animales, se corresponde con las fuentes que disponían de un pilar o pila inferior adosada a un muro, del que emergen los caños de agua. Esta fuente resultaba particularmente útil en los accesos al municipio, dado el continuo tránsito de caballerías y otros animales. La fuente de la Cruz, situada cerca de la entrada a Querétaro por el Camino Real de México, respondía a este diseño. La fuente junto al convento de Santa Clara también debió estar adosada a una pared, tal como se intuye por el plano de la ciudad de 1796. Estaba formada por una pila inferior y un mascarón, labrado en el muro a modo de «media cabeza de piedra», sobre el que se situó «un cañoncillo de fierro que, como si fuera cargado fusil, dispara con elevado impulso tan crystalina munición» causando el general asombro.

La segunda tipología de fuente se correspondía con las formadas por un bloque exento o columna erigida en el centro e interior de una pila. Ubicadas en el centro de una plaza, estas fuentes estaban formadas por una pila inferior en cantería y de planta circular o poligonal; y una columna central, en piedra bien labrada y acompañada de diversas tazas con forma semiesférica. A este modelo respondían la fuentes de las plazas Mayor y de San Francisco, a las cuales se quiso dar protagonismo por su elevación «sobre tres gradas de piedra de cantería» y por su diseño y buena ejecución, «tan cabal que la arte y la curiosidad no echan menos cosa que deslustre su ma-

gestuosa perfección». Aquella primera fue dotada de una pila, en cantería y de forma ochavada; un «hermoso y bien labrado» pilar central, dividido en dos cuerpos en altura; dos tazas «de metal», una encima de otra, «de tan gallarda estructura que sólo una talega de mil pesos pudo costear su primor»; y un globo de remate, también en «metal» o bronce, «lleno de taladros por donde brolla la agua risueña». De elaborada ornamentación, la fuente de San Francisco disponía de un pilar central de cantería labrada en forma de follaje, una «ochavada y vaciada taza de metal», y una «hermosa y avultada estatua» de metal que remataba el conjunto. Figura que representaba al dios Neptuno con su tridente y fue dotada de un ingenioso juego de artificio (Navarrete 1739, 51-53).

«GLORIA» DE QUERÉTARO: FAMA Y NOTORIEDAD DE TAN PEREGRINA OBRA NOVOHISPANA

Dos días después de la bendición de las fuentes, el 19 de octubre de 1738, Fray Manuel de las Heras oficiaba una solemne liturgia de acción de gracias por la llegada del agua a la ciudad. Los festejos costeados por el cabildo municipal para celebrar tal acontecimiento se prolongaron «por espacio de quince continuados días». Período en el que se prodigaron las más singulares fiestas y regocijos, «admirables al juicio, divertibles a la vista, y suaves al oído». Celebraciones de mucho y vistoso aparato en las que sobresalieron las composiciones poéticas, los acompañamientos musicales y las ingeniosas «máquinas» o carros que recorrieron las bulliciosas calles de la ciudad. Tal fue el espectáculo que «todas las Musas del Parnaso parece que se trasladaron a Querétaro». Fue una multitudinaria muestra de agradecimiento de toda la sociedad queretana que, al fin, parecía disponer de algo esencial: abundante y saludable agua.

El eco de la nueva «targea» en aquellos años coetáneos y posteriormente es abrumador. El Padre Alcazar advertía el afán de Querétaro en mostrar su agradecimiento por la fábrica de tan notable acueducto, e indicaba que éste debía perpetuarse «por medio de las prensas», estampándose el relato de todos aquellos hechos y festejos «para que a pesar del tiempo y del olvido suenen de siglo en siglo, dexando assi eternizada su gratitud». Imperecedera memoria que debía hacerse extensible a la figura del marqués, «a cuya zelosa piedad debió [Querétaro] un beneficio tan raro,

que son pocos los cien clarines de la Fama para divulgarlo».⁷ El Padre Navarrete afirmaba que era máxima de hombres grandes el hacer mucho y hablar poco y que, dado «que el Sr. Marqués hace pero no dice», era tarea pretendida de la ciudad, «como agradecida, que sepan todos lo que calla quien tanto ha hecho» (Navarrete 1739, 1-2). No sabemos si este religioso jesuita intuía ya la repercusión que iba a adquirir aquella obra hidráulica. De lo que sí tenemos constancia es del objetivo con que compuso su escrito: describir tan prodigiosa fábrica y conservar, para la posteridad, la memoria de su ilustre bienhechor. Involuntariamente, o no, Navarrete logró algo más que perpetuar la fama del acueducto y del marqués. Su propia narración quedaría unida a la fortuna de ambos. Así, en 1746, el Padre Espinosa recogía la noticia de la famosa «targea» y del relato compuesto para su celebración, aquella descripción de la ciudad que «dio a la luz... el M. R. P. M. Francisco Antonio Navarrete, Professo de la siempre Ilustre Compañía de Jesús, en la Relación de los Arcos hermosos, q[ue] fecundan las nuevas curiosas fuentes con sus cristalinas aguas» (Espinosa 1746, I, 9-10).

En 1738, el Padre Heras componía un sermón en homenaje a una de las religiosas capuchinas recientemente fallecida. Este relato antecede en un año al publicado por el Padre Navarrete y en él se recoge una de las más tempranas noticias impresas del acueducto, sino la primera. En la aprobación que precede a dicho sermón, Juan José de Eguiara y Eguren alababa al marqués por costear las honras fúnebres de la fallecida Madre Petra y la publicación de la homilía del Padre Heras, y subrayaba también la deuda de la «Noble Ciudad de Querétaro a la beneficentísima mano» de este ilustre caballero por «tantas piedras como la gran máquina de los Conductos del agua, obra que pudiera ser ruidosa aún en los tiempos en que sólo se celebraban Maravillas».⁸ Ese reconocimiento al marqués vino también tras su fallecimiento unos años más tarde. En 1744, Antonio Castrillón publicaba un laudatorio sermón que no sólo ensalzaba su vida, sino que también describía el fastuoso catafalco fabricado para sus honras fúnebres y paragonaba la conducción del agua de Querétaro con las más renombradas obras hidráulicas de la historia, en particular, con los trabajos que ordenó ejecutar en Roma el Papa Sixto V, «dándole felizmente la agua» a través de la monumental «Fontana dell'Acqua Felice» o de Moisés.

Desde estos años la fama y notoriedad de aquella edificación no hizo más que aumentar y difundirse, conservándose siempre unida a la memoria de su promotor. En 1743, el corregidor de Querétaro, Esteban Gómez de Acosta, remitía a la metrópoli su informe en respuesta a la Real Cédula de Felipe V que solicitaba información pormenorizada de las provincias, pueblos y habitantes de Nueva España y Perú. Para entonces la fama «de la cañería y arquería» comenzaba a pregonarse por todas las provincias novohispanas y dicho corregidor hacia llegar su noticia hasta la lejana Corte en Madrid. Muestra de ese interés por dar a conocer una obra «tan magnífica que puede competir con la más celebrada de la Europa» es el hecho de que fuera la primera fábrica de la ciudad descrita con detalle en este informe (Gómez de Acosta 1997, 122). Sin duda, esta aseveración llevaba implícita la voluntad del corregidor y cabildo de Querétaro de mostrar la igualdad, sino superioridad, de las bondades y maravillas de aquellos territorios novohispanos en comparación con otras posesiones de la Monarquía Hispánica. A esta propaganda de la obra del acueducto, tanto en las colonias como en la metrópoli, debió contribuir en mayor medida el célebre *Theatro americano* de José Antonio Villaseñor y Sánchez, publicado en México en 1746 y dedicado al monarca Felipe V. En su descripción de las muchas maravillas que se hallaban en los reinos y provincias de Nueva España, este cosmógrafo real no olvidó incluir una breve reseña de la «famosa obra de la Cañería y Arquería por do[n]de viene las aguas a la ciudad» de Querétaro, y de la actividad y diligencia del marqués del Villar (Villaseñor y Sánchez 1746, I, 92). La importancia de Querétaro durante la época colonial como lugar de concurrencia y tránsito de misioneros franciscanos del Colegio de la Santa Cruz, comerciantes, militares, y funcionarios reales que recorrían el Camino Real de Tierra Adentro, contribuyó a pregonar la fama del acueducto a lo largo del siglo XVIII y posteriormente.⁹

En el minucioso relato de su viaje por Nueva España, el Padre Ajofrín no sólo reunió por escrito sus impresiones de Querétaro, sino que también nos proporcionó un valioso testimonio gráfico de aquel acueducto novohispano. Un par de exquisitos dibujos que nos muestran dos vistas de Querétaro y su orografía desde los costados noreste y suroeste de la ciudad. Éstas fueron dos de las muchas reproducciones del acueducto que se sucedieron a partir del último

cuarto del siglo XVIII. Baste recordar los planos de la ciudad, publicados en 1778, 1790 y 1796, en los que se muestra parcialmente el recorrido de los «Arcos».

Aunque son las más antiguas conservadas, éstas no fueron, sin embargo, las primeras representaciones del acueducto. Fueron los propios vecinos de Querétaro los que disfrutaron, el viernes 24 de octubre de 1738, con la primera de las imágenes de esta obra hidráulica durante los referidos festejos de agradecimiento. Costeado por el gremio de los panaderos y trapicheros, el tercero de los cinco ingeniosos carros triunfales construidos para el paseo por la ciudad recibió una minuciosa ornamentación de temática marina que representaba también las principales edificaciones de la nueva conducción de agua, desde La Cañada hasta las fuentes de la ciudad. En «lo más encumbrado de la testera de la triumphal máquina» se colocó una representación de la Virgen del Pilar, como aquella que adornaba la caja de la Cruz. Bajo esta imagen mariana se incluyó también la efigie del «Señor Marqués, sentado sobre la blanda espalda de una parda y hermosa Águila» y acompañado de los dioses Neptuno y Anfitrión que le coronaban de laurel. A sus pies, un figurado león «arrojaba por la boca abundante caño de agua», derramada a su vez sobre una fingida pila que simulaba a la perfección aquella fabricada en la plaza de la Cruz. La cuidada decoración se continuaba por los costados del carro, donde «se formaron de los elevados arcos que fue preciso levantar para que entrara la agua en la ciudad». Arcos que se alzaban sobre ocho pilares, «cuatro por cada banda», sobre los que iban ocho ninfas. Esta máquina triunfal se remataba en una «levantada y retorcida punta» donde se situó a un niño vestido de Cupido con arco y flechas. La parte más singular del carro se correspondía con el respaldo, espacio donde se representó toda la conducción de agua, con tanta maestría, minuciosidad, y «acierto del pincel» que despertó el asombro de los vecinos congregados en las calles. Con este maravilloso retrato de la «Tarrea» y «Arcos» de Querétaro, sostenido por dos ángeles atlantes y acompañado de un «un ovado targetón en que se leía un soneto y una décima en metro acróstico», se daba principio a la fama de una de las mayores empresas hidráulicas de Nueva España, la que «ha hecho célebre a esta ciudad por todo el Orbe» (Navarrete 1739, 125-140 y 161).

NOTAS

1. *Sentir del R. P. Fr. Manuel Francisco de Alcaraz ...*, en Navarrete 1739, s. p. Para el aspecto de la ciudad a inicios del siglo XVIII véase el plano de 1713, *Tipus seu descriptio zivitatis Queretarensis*, Archivo General de Indias, Sevilla, Sig. MP-MEXICO, 533.
2. *Parecer del P. D. Julián Gutiérrez Dávila ...*, y *Aprobación del R. P. Fr. Fernando de Santa María ...*, en Castrillón 1744, s. p.
3. El texto de la inscripción fue reproducido por Romero de Terreros 1949, 63. La adición de todas las cantidades reseñadas por Navarrete no concuerda con el total. Además, estos datos difieren de los grabados en dicha lápida, donde la cantidad donada por el marqués era superior (Navarrete 1739, pp. 55-56; Septién y Villaseñor 1875, 177; Urquiola Permisán 1998, 67-78).
4. Biblioteca Nacional de España, Madrid, Mss. 1624, «Documentos sobre geografía, población y administración del Estado de Querétaro, en México», [año 1765], 54r.
5. Sobre los maestros que se ocuparon en sus tratados de las conducciones hidráulicas, la fábrica de acueductos, y las mediciones del agua, *cfr.* Loyola Vera 1999, 21-112.
6. Para la topografía de Querétaro y el trazado del acueducto, véase el *Plano Geográfico de la Ciudad de Santiago de Querétaro, Subdividido en tres Cuarteles Mayores según lo está en la actualidad / leba[n]tado por el Capitán de Infantería D. Juan Bilbao la Vieja en el mes de Ag.to de 1817*. Real Academia de la Historia, Madrid, Departamento de Cartografía y Artes Gráficas. Ms. Sig. C-I a 50 p.
7. *Aprobación del Dr. D. Antonio de Chaves y Lizardi, Presbytero ...*, en Navarrete 1739, s. p.
8. *Aprobación del Dr. D. Juan Joseph de Eguíara, y Eguíren ...*, en Heras 1738, s. p.
9. En el siglo XIX se multiplicarían los relatos y escritos que incluían una mención expresa al acueducto y a su bienhechor. Buena parte de estas noticias provienen de las descripciones de viajeros llegados al Bajío durante los tumultuosos años vividos por la ciudad y el nuevo país en décadas posteriores, tras el nacimiento de la nación mexicana.

LISTA DE REFERENCIAS

Ajofrín, Francisco de. 1958-1959. *Diario del viaje que por orden de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide hizo a la América Septentrional en el siglo XVIII el P. Fray Francisco de Ajofrín*, Madrid: Real Academia de la Historia.

- Beltrami, J. C. 1830. *Le Mexique*, Paris: Crevot; Delaunay.
- Castrillón, Antonio. 1744. *Oracion funebre panegyrica, con digno honorifico llanto con que la gratitud de la Nobilissima Ciudad de Santiago de Queretaro sintió la muerte de su mas generoso bienhechor el Sr. D. Juan Antonio de Urrutia, Arana, Guerrero y Davila, Caballero del Orden de Alcantara, y Marques de la Villa del Villar de la Aguila*, México: Viuda de Joseph Bernardo de Hogal.
- Chanfón Olmos, Carlos (coord.). 2004 *Historia de la arquitectura y el urbanismo mexicanos. Volumen II: El Período Virreinal, Tomo III: El Surgimiento de una identidad*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Díaz, Celestino. 1881. *Guía del viajero en Querétaro: apuntes históricos, geográficos y estadísticos de la ciudad*, Querétaro: Tip. de González y Cía.
- Espinosa, Isidro Félix de. 1746. *Chronica Apostolica y Seraphica de todos los Colegios de Propaganda Fide de esta Nueva España, de Missioneros Franciscanos Observantes*, México: Viuda de Joseph Bernardo de Hogal.
- Gómez de Acosta, Esteban. 1997. *Querétaro en 1743. Informe presentado al rey por el corregidor Esteban Gómez de Acosta*; edición de Mina Ramírez Montes, Santiago de Querétaro: Gobierno del Estado de Querétaro, 1997.
- Heras, Manuel de las. 1738. *Mystica piedra cuadrada fundamental del exemplar edificio, del religiosísimo Convento de señor san Joseph de Gracia de religiosas capuchinas de la ciudad de Querétaro ...*, México: Joseph Bernardo de Hogal.
- Loyola Vera, Antonio. 1999. *Sistemas hidráulicos en Santiago de Querétaro, siglos XVI-XX*, Querétaro: Gobierno del Estado de Querétaro.
- Morfi, Juan Agustín de. 1856. *Viage de Indios y Diario del Nuevo-México*, en *Documentos para la historia de México*; edición de Francisco García Figueroa, Tercera serie, México: Imprenta de Vicente García Torres, I, 305-487.
- Navarrete, Francisco Antonio. 1739. *Relación peregrina de la agua corriente que para beber y vivir goza la muy noble, leal y florida ciudad de Santiago de Querétaro*, México: Joseph Bernardo de Hogal.
- Ordenanza que para la división de la M. Noble y Leal ciudad de Santiago de Querétaro en cuarteles menores, creación de alcaldes de ellos, y reglas para su gobierno*, [...] México: Mariano de Zúñiga y Ontiveros, 1796.
- Ramírez Montes, Guillermina, e Iturralde, José. 1979. *Juan Antonio de Urrutia y Arana, 1670-1743: un ilustre aya-lés en México*, Vitoria: Obra cultural de la Caja de Ahorros Municipal.
- Romero de Terreros, Manuel. 1949. *Los Acueductos de México en la Historia y en el Arte*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- San Miguel, Andrés de. 2007. *Obras de Fray Andrés de San Miguel*; edición de Eduardo Báez Macías, México, D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México.

- Septién Montero y Austria, Pedro Antonio de. 1976. *Noticia sucinta de la ciudad de Santiago de Querétaro, comprendida en la provincia y arzobispado de México, reino de Nueva España, en la América Septentrional*, en Florescano, Enrique y Gil Sánchez, Isabel (comp.), *Descripciones económicas regionales de Nueva España. Provincias del Centro, Sureste y Sur, 1766-1827*, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia: 44-60.
- Septién y Septién, Manuel. 1999. *Obras de Manuel Septién y Septién*, tomos I-IV, Santiago de Querétaro: Gobierno del Estado.
- Septién y Villaseñor, José Antonio. 1875. *Memoria estadística del Estado de Querétaro, precedida de una noticia histórica que comprende desde la fundación del mismo hasta el año de 1821*, Querétaro: Tip. González y Legarreta.
- Sigüenza y Góngora, Carlos de. 1680. *Glorias de Querétaro en la nueva congregación eclesiástica de María Santísima de Guadalupe, con que se ilustra*, México: Viuda de Bernardo Calderón.
- Solano, Francisco de. 1979. *Antonio de Ulloa y la Nueva España con dos apéndices. Descripción geográfico-física de una parte de la Nueva España de Antonio de Ulloa, y su correspondencia privada con el virrey don Antonio María de Bucareli*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Urquiola Permisán, José Ignacio. 1998. «Aguas sucias ... Aguas limpias. Testimonios sobre el proyecto de conducción de aguas limpias a la ciudad de Santiago de Querétaro, siglo XVIII», en Rivera Reynaldos, Lisette Griselda y Pérez Acevedo, Martín (coord.), *Querétaro: Interpretaciones de su historia: cinco ensayos*, Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás Hidalgo, Instituto de Investigaciones Históricas, 23-85.
- Villaseñor y Sánchez, José Antonio. 1746. *Theatro americano. Descripción general de los Reynos y Provincias de la Nueva España y sus jurisdicciones*, México: Viuda de Joseph Bernardo de Hogal, 1746.
- Zelaá e Hidalgo, José María. 1803. *Glorias de Querétaro, en la fundación y admirables progresos de la Muy I. y Ven. Congregación Eclesiástica de Presbíteros Seculares de María Santísima de Guadalupe, de México, con que se ilustra*, México: Mariano Joseph de Zúñiga y Ontiveros.